

EL COMERCIO

PERIÓDICO NOTICIERO Y DEFENSOR DE LOS INTERESES DEL DEPARTAMENTO

FUNDADOR—JUAN JOSÉ MENDOZA

Administrador—JOSÉ I. MARTINS

PERIÓDICO DE LA TARDE

ESTE PERIÓDICO APARECE
LÚNES, MIÉRCOLES Y VIÉRNES

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE FLORIDA NÚM. 156

NUESTRO AGENTE
EN FRANCIA
EL SR. ALBERT LORETTE
Directordela Societè M. de publicitè
8, rueCuvierParis

EL COMERCIO

INDEPENDENCIA, ABRIL 26 de 1895

Artículo 119 de la CONSTITUCION

Para ser Jefe Político de un Departamento se necesita: ciudadanía en ejercicio, ser vecino del Departamento, con propiedades, cuyo valor no baje de cuatro mil pesos, y mayor de treinta años

LOS FALSOS PERIODISTAS

Cuando de una manera mas retórica que científica se ha dicho que la prensa es como un cuarto poder del Estado, se ha querido demostrar la necesidad del periodismo independiente y se ha hecho referencia a esa institución que tiene por misión levantada pugnar por el mejoramiento de la condición política y económica del pueblo y que es la compañera inseparable de la libertad en los países que tienen gobiernos representativos y observan las instituciones.

Por eso es que un notable escritor ha expresado que la prensa es a los pueblos modernos, que han adoptado el régimen de las instituciones libres, lo que el *Forum* a las antiguas de los bárbaros: la tribuna pública donde se dilucidan las cuestiones que afectan a la comunidad y el medio eficiente como el pueblo hace efectivo el control directo sobre los actos de sus mandatarios. No se comprende la existencia de un gobierno republicano sin prensa libre.

Claro es que si el periodista refleja en su propaganda las aspiraciones populares y los bien entendidos intereses públicos, desempeña con verdad su misión; pero si en vez de educar a los ciudadanos en la escuela de la moral política, que enseña a hacer del deber cívico un culto levantando los caracteres y a condenar con lenguaje severo a los malos funcionarios y a los explotadores y farsantes,—trata por el contrario de mistificar todo confundiendo la verdad con la mentira, y la virtud con el crimen, enviando todo en una atmósfera de adulación y servilismo en defensa de los enemigos de los intereses del pueblo, entonces es que tal cosa hacen ejercen únicamente un falso periodismo de funestas y perniciosas consecuencias allí donde los ciudadanos no se dan cuenta de los propósitos inmorales que persigue la prensa oficial.

No basta en efecto declamar sobre los principios de libertad y de justicia, si éstos no se hacen aplicación real de tales principios a los asuntos públicos que se debaten, se ha de hacer de ellos un objeto de burla y escorno al guardar silencio sobre hechos notorios que constituyen atentados a los derechos de los ciudadanos o si han de falsar los hechos que encierran inmorales palpitantes, al solo objeto de sostener los intereses menguados del oficialismo.

No basta que un periodista se nos presente manifestando que busca el bien del pueblo para que se dé fe y crédito a su palabra, si su propaganda en la sustancia de las cosas es enervante, desquiciadora e inmoral y tiende visiblemente a apuntalar un régimen odioso.

No basta en fin vestirse como el gran teatro gótico de la fábula con vistoso y hermoso plumaje.

Es el fondo moral de la propaganda lo que revela al defensor de la justicia y del derecho y no las formas estudiadas de un lenguaje vano que solo sirven para ocultar las miras egoístas de hombres sin autoridad moral en la opinión y con antecedentes que los inhabilitan para la cátedra del periodismo.

BOCETOS ITALIANOS

POR EDMUNDO DE AMICIS

LEOPOLDO MARENCO

Años ha que ya no habita en Turín Leopoldo Marenco, el autor de la *Cerleste*, del *Falconeri* y de un centenar de obras entre dramas, tragedias, comedias e idilios, escritos en los versos mas fluidos y mas dulces que jamás hayan resonado en la escena italiana. Va errando de ciudad en ciudad, es presidente de liceo. Cuando joven, tenía el aspecto de un arrogante oficial de caballería, alto de estatura, elegante de formas y en el traje, rubio, gallardo, alegre, amabilísimo. De la belleza juvenil no le queda mas que los ojos color de cielo, antiguo amor de las jóvenes pobres y la encarnación decaidamente rosada, que, unidos a los cabellos blancos le dan la apariencia de un querubín envejecido. Amó y ama todavía la vida divertida, fue prodigo, tuvo muchas desventuras domésticas, en las cuales le confortaron muchas amistades fieles.

Es un gran trabajador peripatético; compuso casi todas sus obras paseando y conservando las en la memoria desde el primero hasta el último verso. Recitó varias veces, y bastante bien, es un cocinero *dilettante* de primer orden; y no menos valiente en la mesa que en la escena. Se refreca en medio de los amigos, y mas aun en compañía de las señoras, y entonces en sus grandes ojos azules brilla el gozo de los triunfos antiguos y relampaguean ideas de nuevos dramas, que luego se traduce en actos. Últimamente se ha aproximado al socialismo; pero no ha entrado, según cree, en el partido militante. Hace algun tiempo que ya no da vida a la escena, quizá por que le resulta difícil una transformación, que sin embargo reconoce como necesaria. Pero muchas de sus obras tienen aun vida vigorosa y la conservarán por largos años.

Pocos de los demás autores italianos tuvieron carrera tan brillante, feliz y envidiada como la suya. Mas quizá le hicieron daño sus grandes éxitos juveniles porque tenía en sí la fuerza para conseguir ser mas variado y mas profundo de lo que llegó a ser; no se aprovechó de todo es a fuerza.

Y así todo su teatro tiene el color de sus ojos.

CÉSAR LOMBROSO

Pongo entre los turineses a César Lombroso, lombardo, porque habita Turin desde hace una veintena de años. El famoso psiquiatra es un hombre pequeño, un tanto encorvado, que anda a pasitos menudos, arrastrando los pies, como si temiera resbalar, y tiene un rostro fresco y sonriente, con dos hoyos en las mejillas que le dan un aire infantil originalísimo. A nadie pasará por la cabeza estando a su lado sin conocerlo que aquel hombrecito jovial y por muhos respectos muy ingenuo, sea el terrible autor de *L'uomo y de La donna delinquente*, que en toda su vida ha palpado mas cabezas de ladrones y de asesinos que cigarrillos hemos fumado nosotros.

Lombroso habla de todos los horrores que ha visto y vé con la misma serenidad con que un floricultor habla de sus flores. Su conversación deja más estupefacto de cuanto se puede imaginar. Después de haberlo oído discurre una hora os parece haber corrido durante todo un día de la cárcel al manicomio, del hospital a la corte de los milagros y os queda en la mente una visión espantosa de cráneos, de manos ensangrentadas, de rostros de hipnotizados, de apariciones de espíritus, de monstruos de toda naturaleza y de toda forma.

Su casa es un museo de cosas tremendas. Su memoria es un inmenso almacén de observaciones, datos, biografías, tipos humanos extraordinarios y variadísimos, en alguno de los cuales parece que hubiera vivido por algun tiempo en la mas íntima familiaridad.

Es un trabajador infatigable, capaz de llevar adelante a un mismo tiempo diez trabajos de índole completamente diversa. Y hasta en estos momentos, en que está trabajando por una enfermedad gravísima, que quizás hará necesaria una operación quirúrgica de las más peligrosas, Lombroso escribe, da sus lecciones en la universidad, visita cárceles, asiste como perito en los procesos, da conferencias, demostrando una fuerza de ánimo verdaderamente heroica. Cuando joven, tuvo varios desahios; los años y la familia, a la que ama con tiernísimo afecto, han apaciguado y casi transformado su temperamento. Profunde ahora a la idea socialista, y por esto se ha engrosado la falange de sus enemigos, que son numerosísimos y encarnizados; pero que no consiguen turbar en lo más mínimo la serenidad laboriosa de su vida.

NOTAS DEL ACASO

I

En un rincón solitario, a medio tiro de fusil de una pequeña ensenada defendida de los vientos por un círculo de montes, levantábase una casita blanca, emboscada entre salgores y nogales y tapizada de trepaderas multicolores. Oíase desde allí, venido de abajo, el barullo del mar, que gemía a veces con un largo sollozo melancólico, y bramaba otras con un clamor trágico; pero que siempre se apagaba, en voz muy débil, siempre aquella casita blanca, tapizada de trepaderas multicolores y emboscada entre salgores y nogales.

II

Allí nació Carmen durante uno de los viajes redondos de su padre, un bravo marnero de contextura sólida, brazos y peño de atleta, rostro ingenuo rodeado de una sotabarba negra, lucida, enmarañada, y liso de alma como un mágil. Llamábase Francisco o Quico, que por ambos nombres respondía.

Contaba él, y era su idea fija, encontrarse a la vuelta con un grumetillo en ciernes, ágil y travieso, que con el tiempo fuera capaz de coger un rizo con un vendaval por la popa; pero se encontró con una niña fuerte, llorosa, robusta; un bloque de carne blanca y rosada como un rollo de espuma tendido por la aurora, y tan bonita, que el hombre no echó de menos el cambio. Sobre todo después de pasarse todo el santo día haciendo saltar a la pequetita entre sus manecitas calosas, y obligando a meter los pececillos rechonchudos entre la breñosa barba currida por mil nordestes duros y rachas achubascadas.

La muerte prematura de la madre de Carmen cortó bruscamente la serie de viajes de él, que, diciéndole adios para siempre al barco donde tantos años navegó, entregóse al cuidado de la niña toda el tiempo que lo dejaba libre la pesca de altura, a la que se dedicara para ayudar al sosten de aquel ser pequeño y de aquella casita alegre y bien soleda y cubierta de flores como novia que a desposarse va.

El único sentimiento que de vez en cuando le escarabajaba, era no rememorar en las costuras del besugo y bonito, algunas millas más allá del abra, para descortinar el horizonte y encontrar so de lleno brazo con su antiguo compañero, cuyo mirar y peso compréndía tal vez o mejor que el de su hija.

III

Todo iba marchando a las mil maravillas. Carmen crecía y se desarrollaba que era una bendición. Entre quinones de limonaja y pesca, Quico había llegado a reunir un buen pecu-

culio, que cada día que pasaba aumentaba de volumen, escondido entre jarra y volumen viejo retirado por inútil en o desván de la casita.

Para que todo corriera como la seda, la muchacha, que ya entraba en los 17 años—25 por lo hermosamente hechos—se vio solicitada por un primo suyo, joven y buen mozo, que en la República Argentina ocupaba brillante posición; con todas las trazas de llegar a ser un capitalista de fuerza.

Hubo consultas, mediaron cartas y retratos, omitieron parecer los rables del pueblo, dos italianos con dinero, el cura, el maestro de escuela, la tertulia de la botica en pleno, votaron por que no se desiludara al pretendiente; positi- van ante el casamiento se llevaba a cabo.

El inconveniente del viaje no era cosa mayor; sobre todo para Quico, que arregló todos los detalles de la marcha con la societa alegría de volverse a encontrar, durante algún tiempo, sobre los lomos del Océano, del verdadero, no de aquel otro gruñón y cascarrabias que se pasaba todo el año echando espumas sobre los acantilados y morros roqueros de la costa.

Claro está que se embarcaron con la promesa de que, pasado algun tiempo, volverían todos en viaje de placer, si- quiera para sacudir el polvo a la casita blanca escondida entre salgores y nogales y tapizada de trepaderas multicolores.

Un día zarparon...

IV

Llevaban unos cuantos días de viaje plenamente engolfados. Eran las once de la mañana y un buen sol de verano, día de Junio, dejaba caer sus rayos calientes sobre el entupimiento del trasatlántico, que oscilaba mansamente al compás de los movimientos que le imprimían los paletos zos de la hélice puesta a media milla.

A bordo y hacia la proa oíase un ruido infernal, un vocerío intenso, que no se interrumpía, compuesto de gritos, lloriqueos, exclamaciones, cantares. La campana dando la señal de almuerzo, había arrojado sobre aquella parte de la cubierta un amontonamiento de seres humanos infirme y de gradante que en promiscua repulsa, asustadora, corría de un punto a otro con las cacerolas de zinc en las manos. Eran emigrantes que huían del patrio terreno en busca de una fortuna... ¡Una fortuna... pobrest!

Casi al mediodía, y cuando el calor era mas intenso comenzó a debilitarse el ballicia que reinaba sobre cubierta y de allí a poco un silencio tétrico se extendió por todo el buque, hasta el punto de oírse perfectamente el cadencioso respirar de la máquina.

Por la escotilla de la cámara de segunda surgió un grupo extraño: una joven pálida como la cera batida, recostada en una silla y llevada en brazos por dos robustos marineros, seguido por el médico y el capellán, y por otro pasajero que, con los brazos caídos y el gesto melado, andaba con paso tambaleante e in- seguro.

El grupo hizo alto en la sobre cubierta de popa defendida del sol por amplia lona tendida en tollo; y con grande cuidados depositaron a la enferma en el centro del piso, mientras el pasajero citadino se dejaba caer como una maza inerte contra el pivote de la brújula.

V

No hubo remedio para la triste criatura. La tifidea, echándose traidoramente en aquel hermoso cuerpo, a más bello de cuanto llamado, acabó con Carmen y con las energías de Quico, que recibió de rebote en sus puñetas antes de perderse en el azul del cielo, la última mirada de la pobre niña.

Insensible al parecer, cogido de un matismo feroz, trahó asistió al acto de colocar a su hija sobre la tibia féretro que hablaba de acompañar en su viaje a través del Océano.

Unicamente cuando por un rasgo del estado del capitán la vio envolver en blanco quisimo lienzo, sobre el cual se arrolló como una mancha de oro y sangre la

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS
PATERSON
en BISMUTO y MAGNESIA
Recomendado contra la indigestión del Estó-
mago, Falta de Apetito, Dig. stiones labo-
ratorias, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.
Exigir en el rotulo el sello oficial del Gobierno francés
y la Benta de J. 717430.
Adh. DUMAS, 10, rue de Valenciennes, París.